



Redefinir la competitividad de las cadenas productivas de materias primas en aras del consumo sostenible

..... || **Kifah Sasa**

Sociólogo. Oficial de medio ambiente y gestión de riesgos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en Costa Rica.



El consumo global de materias primas es insostenible. La forma como producimos o extraemos la materia necesaria para la actividad económica global es la causa directa del 30 % de las extinciones del planeta (Lensen et al., 2012). Al ser insostenible la base de la actividad económica mundial, debemos replantearnos la lógica de cómo producimos, extraemos o utilizamos estas materias. En este breve artículo se exponen lineamientos generales para repensar la competitividad en el marco de cadenas productivas de materias primas. Se menciona cuatro principios que sirven para orientar discusiones académicas, empresariales y políticas sobre la competitividad.

La competitividad de un país se define como la capacidad de generar la mayor satisfacción en los consumidores de sus bienes y servicios una vez fijado un precio, y depende especialmente de cómo un proveedor diferencia su producto en calidad y precio. A la vez, estos dos factores están relacionados con la productividad, la innovación y la inflación diferencial entre países. Por estas razones, por muchos años se procuró impulsar la competitividad con políticas estatales y



Volver al índice

prácticas empresariales para mejorar la productividad, y por medio de una priorización de la estabilidad macroeconómica sobre otras consideraciones, incluso las ambientales. Sin embargo, las consecuencias de esa tendencia son devastadoras para el planeta.

Para producir las quince materias primas más traficadas internacionalmente (entre ellas, madera, algodón, caña de azúcar, soya, aceite de palma, maíz, carne de res y pescados como el salmón, el atún y el camarón), el planeta destina el 40 % de la tierra habitable del mundo, utiliza un 70 % del agua potable y emite un 30 % de gases de efecto de invernadero a la atmósfera. Solo para producir tres de estas materias se calcula que el tamaño de la Amazonia se reducirá de 5,3 a 3,2 millones de kilómetros cuadrados antes del año 2050. Según Fao, la frontera agrícola crece cada año 13 millones de hectáreas, a expensas de los bosques y hábitats naturales que necesitamos para mantener los ciclos de vida. Por eso se estima que requerimos entre 5 y 10 planetas para sobrevivir con los ritmos actuales de consumo desigual. Como consecuencia, mundialmente se han extinguido 10.000 especies en los últimos 100 años, y el número de especies en peligro de extinción crece un 7 % cada año -ritmo más acelerado que el crecimiento económico mundial (Foster, 2012). Anualmente matamos 73 millones de tiburones (Pew Charitable Trust, 2012) y se estima que un 75 % de los bancos pesqueros del mundo ya han

sido completamente explotados, y en el año 2048 los habremos explotado del todo.

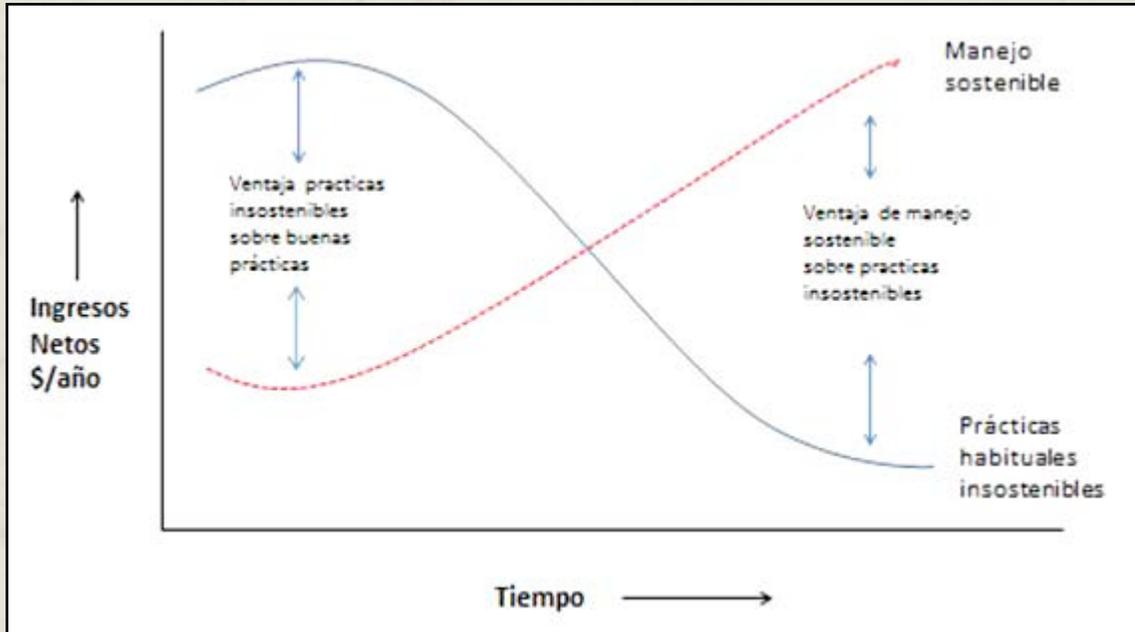
Por lo anterior, podemos concluir que la actividad económica mundial está generando niveles de impacto sin precedentes que ponen en riesgo incluso la vida en el planeta. Esa debería ser la primera premisa para repensar la competitividad: tenemos que considerar las externalidades ambientales porque de eso depende la vida. Podemos tener una sociedad sin economía de mercado, pero no podemos tener una economía de mercado sin sociedad. Del mismo modo, podemos tener una naturaleza sin sociedad pero no una sociedad sin naturaleza.

Sin embargo, aún se argumenta que las fuerzas del mercado con poca regulación pueden distribuir mejor los bienes y servicios que producen los países, e incluso acelerar la distribución de bienes sostenibles. Pero mientras la competitividad se siga definiendo únicamente con base en la diferenciación entre productividad, calidad y precio, y mientras sigamos obviando las externalidades ambientales que genera la producción y el desecho, esta aseveración seguirá siendo falaz.

Afortunadamente, las nuevas orientaciones de la economía ambiental nos permiten entender que ese no es el caso. El Pnud lanzó en el año 2010 el informe regional *Latinoamérica Superpotencia de la Biodiversidad* (Bovarnick et al., 2010), en el que se aplica una metodología de valoración económica comparada entre prácticas habituales insostenibles con prácticas sostenibles en el ámbito de la

agricultura, las pesquerías, el turismo y el manejo de cuencas, entre otros. El argumento central de este informe se resume en el gráfico siguiente, el cual sirve también para explicar cómo deberíamos repensar la competitividad.

cada kilo de nitrógeno aplicado en tierra agrícola se podía obtener 226 kg de maíz, 217 kg de arroz y 131 kg de soya. Pero, en 2006, el promedio de estos productos por hectárea con la misma cantidad de agroquímicos fue de solo 76 kg de maíz, 66 kg



Si comparamos prácticas habituales insostenibles con prácticas sostenibles para cualquier actividad económica, vemos que las prácticas habituales insostenibles pueden generar mayor rédito a corto plazo, pero a largo plazo terminan siendo menos viables económicamente. Por ejemplo, el promedio mundial de consumo de fertilizantes por hectárea para producir materias primas agrícolas es cinco veces mayor hoy que lo que fue en 1961. Pasamos de un promedio mundial de 8,6 kg/ha en 1961 a un promedio mundial de 62,5 kg/ha en el año 2006. Específicamente, en la década de los años sesenta, por

de arroz y 36 kg de soya (Grain, 2009). Los científicos explican esta disminución en la productividad del suelo como producto de la sobreexposición de agroquímicos en las últimas décadas. En los últimos cien años, los niveles promedios de minerales en los suelos agrícolas han bajado a nivel mundial 72 % en Europa, 76 % en Asia y 85 % en América del Norte. En 1927, investigadores del Kings College de la Universidad de Londres empezaron a estudiar el contenido nutricional de los alimentos y ese seguimiento nos permite entender hoy que nuestros alimentos han perdido entre el 20 % y el 60 % de los

minerales que acostumbraban tener. En otras palabras, perdimos productividad del suelo por mantener prácticas insostenibles, con consecuencias para nuestra capacidad de reproducirnos y sobrevivir como especie. Asimismo, nuestras prácticas insostenibles hacen que perdamos ingresos porque cada día va a costar más mantener la productividad del suelo al tener que comprar más insumos. Eso nos lleva a la segunda premisa de un replanteamiento de la competitividad: las externalidades de las prácticas insostenibles son muy costosas a mediano y largo plazo.

Una investigación del equipo de transformación de mercados de WWF analizó los impactos de las cadenas productivas de las 15 materias primas más comerciadas en el mundo (OECD, 2013). Identificaron ahí los detonantes más importantes de la pérdida de biodiversidad: deforestación, degradación del suelo, cambio de hábitat e introducción de especies invasoras, que además impactan negativamente los medios de vida de las personas más pobres del planeta que viven en zonas rurales. Esta investigación inició una nueva tendencia en la cooperación internacional consistente en concentrar esfuerzos en los puntos neurálgicos de las cadenas productivas de materias primas que más impactan el planeta. A ese esfuerzo se han sumado agencias de Naciones Unidas, agencias de cooperación de países de la OECD y las organizaciones no gubernamentales internacionales. Hay un nuevo ímpetu por encontrar la forma de transformar esas cadenas

productivas para que pasen de ser detonantes de deterioro ambiental y extinciones, a contribuir con la preservación de servicios ecosistémicos de nuestros paisajes productivos.

Específicamente, se busca identificar los puntos neurálgicos de cadenas productivas donde la acción de políticas públicas, los incentivos de mercado y la presión de los consumidores tienen mayor relevancia. Concretamente, se responde a la pregunta de si para revertir los impactos de las cadenas productivas agrícolas vamos a tratar de que 1,5 mil millones de productores alrededor del mundo cambien la forma como producen, o si vamos a intentar que 7 mil millones de consumidores consuman responsablemente y solo seleccionen productos sostenibles. La pregunta es retórica, ya que no hay forma de llegar a todos los productores, ni mucho menos a todos los consumidores para que cambien prácticas. La respuesta está en que, según WWF, solo 500 empresas controlan el 70 % de la producción y comercio de esas 15 materias primas alrededor del mundo. Tales 500 empresas transnacionales son, entonces, el punto medular de las cadenas productivas. Por eso es en este punto donde la acción de políticas públicas, de incentivos y también de presión popular se debería centrar. Si se logra modificar las políticas de compra de modo que estas empresas solo compren productos que disminuyan constantemente sus impactos negativos, entonces podremos revertir la situación.



Alfredo Huerta. Feria Orgánica Buena Tierra, Escazú, San José.

Esto nos conduce a la tercera premisa para repensar la competitividad: las políticas públicas, los incentivos y la presión de los consumidores han de ser implacables con los principales involucrados de las cadenas productivas que generan más impactos (los puntos neurálgicos). Por lo anterior, la competitividad de los países no puede centrarse únicamente en políticas de estabilidad macroeconómica o aumento de productividad, sino que debe existir un acercamiento a las empresas que controlan la mayor parte de las cadenas productivas para estimular la modificación de sus políticas de compra, pues eso tiene más impacto que las regulaciones estatales o las certificaciones voluntarias.

La última premisa para repensar la competitividad tiene que ver con reconocer el riesgo “reputacional” como un tema-país. Con esto nos referimos a que las políticas estatales para promover competitividad sean más conscientes de la importancia que dan los compradores internacionales a su reputación. Si un supermercado europeo compra materia prima a un país ignorando las afectaciones ambientales o los impactos sociales negativos relacionados con la producción de esa materia prima de los que habla la prensa, la probabilidad de que ese supermercado vuelva a comprarle a ese país disminuye.

Estudios recientes han demostrado que hay un 80 % de probabilidad de que una empresa pierda hasta un 20 % de su valor de acciones en un mismo mes, luego de un escándalo ambiental que dañe su reputación (un derrame de petróleo o reportajes de incumplimiento de normas ambientales y laborales en algunos países) (Gaines-Ross, 2012). Oxford Metrica, en su Reputation Review del año 2012, revisó las crisis de reputación de las empresas envueltas en escándalos ambientales como Sony, Tepco y Nike. Las empresas más valiosas perdieron casi un tercio del valor de sus acciones, y en casos extremos se perdió hasta un 90 % del valor de las acciones (Beder, 2002).

Entonces, es de interés nacional hacerle frente a los impactos ambientales y sociales negativos de la producción o extracción de materias primas, por la razón lógica de procurar bienestar a la población y porque hoy es un tema de competitividad y marca-país. Por eso, las nuevas estrategias de competitividad de los países deben hacer énfasis en comunicar



Alfredo Huerta. Feria Orgánica Buena Tierra, Escazú, San José.

esfuerzos reales de reducción de impactos de las cadenas productivas. En el mundo actual interconectado y globalizado, la negación de los impactos, o el tratar de minimizar los daños ambientales o la

inconformidad social relacionada con una cadena productiva no es una opción. Por el contrario, los países agroexportadores que quieran mantenerse competitivos deberán organizar y comunicar al exterior las medidas y medir los avances reales para mejorar continuamente el desempeño ambiental y social de sus productos a largo plazo.

Como hemos visto, es imperativo para nuestra supervivencia repensar la competitividad, específicamente en el marco de las cadenas productivas de materias primas de donde derivan los impactos ambientales más serios del planeta. Para ello debemos focalizar en aquellas materias primas que conglomeran los principales impactos. En este artículo mencionamos materias primas que generan un impacto ponderado global, pero cada país tiene un paisaje productivo muy específico, y para repensar la competitividad de cadenas productivas en un país determinado debemos identificar las que más afectan el equilibrio ecosistémico y social de ese contexto. Hemos de aprender a visibilizar y cuantificar el costo de las externalidades de producción de estas materias productivas y actuar sobre estos costos de manera neurálgica, estimulando u obligando a cambios en las políticas de compra de los involucrados más influyentes de esas cadenas productivas. Todo esto tiene sentido si nos acordamos de que la competitividad implica diferenciación positiva de un (país) proveedor sobre otro. Por esta razón, las políticas estatales para promover competitividad deberán

recordar la importancia del riesgo “reputacional” para nuestros compradores, lo cual nos obliga a hacer esfuerzos reales de mejorar el desempeño ambiental y social de nuestros productos de exportación y comunicarlos asertivamente.

Referencias

- Beder, S. (2002). 'Environmentalists Help Manage Corporate Reputation: Changing Perceptions not Behaviour. *Ecopolitics* 1(4), Springer, pp. 60-72. Disponible en <http://www.uow.edu.au/~sharonb/Reputation.html>
- Bovarnick, A., Alpizar, F. & Schnell, C. (Eds.). (2010). *The Importance of Biodiversity and Ecosystems in Economic Growth and Equity in Latin America and the Caribbean: An economic valuation of ecosystems, United Nations Development Programme*. Disponible en http://web.undp.org/latinamerica/biodiversity-superpower/English_Report.htm
- Foster, H. (2012). The Year of Extinctions. *Global Animal* 18. Disponible en <http://www.globalanimal.org/2011/12/18/2012-the-year-of-extinction/61240/>
- Gaines-Ross, L. (2012). *The High Cost of Reputational Loss*. Disponible en <http://reputationxchange.com/2012/10/07/the-high-cost-of-reputation-loss/>
- Grain. (2009). *Cuidar el suelo*. Disponible en: http://www.ecoportal.net/Temas_Especiales/Suelos/cuidar_el_suelo
- Lensen, M., Moran, D., Kanemoto, K., Foran, B., Lobe-faro, L. & Geschke, A. (2012, 17 June). International trade drives biodiversity threats in developing nations. *Nature* 109, Vol. 486.
- OECD. (2013). *Building Green Global Value Chains Committed Public-Private Coalitions in Agro-Commodity Markets*. OECD-IDH, Green Growth Papers 2013-03.
- Pew Charitable Trust (2012). *The Global Shark Assessment*. Disponible en <http://www.globalshark.ca/>